

de la expresion de la voluntad del país. No debo indicaros el medio que se ha de adoptar para que ese resultado indispensable sea completamente obtenido; debe buscarse en las instituciones y las costumbres locales. Bien que las municipalidades sean llamadas á votar en las diversas provincias, á medida que hayan reconquistado el disponer de sí mismas, ó que se abran las listas bajo su vigilancia para recoger los votos, el mejor medio será aquel que asegure la mas lata manifestacion de los votos de las poblaciones en las mejores condiciones de independencia y de sinceridad. General, el Emperador recomienda á vuestra atencion particularmente este punto esencial. « Conforme á estas recomendaciones, el voto de la Asamblea de Notables no era á los ojos del gobierno francés, mas que un síntoma de favorable augurio, el indicio tan solo de las disposiciones del país.

La Regencia dispuso que se refundieran en la Aduana varias oficinas, mandó que las personas que ocultaron los archivos del gobierno fueran castigadas, y para buscarlas fueron cateadas varias casas, entre ellas la del Sr. Nicolas Pizarro y la del Sr. Lic. Bulman; quedaron nombrados, director del colegio de San Ildefonso el padre Miranda y del de San Juan de Letran el Padre Arrillaga. El castigo de azotes llegaba entonces á tal crueldad, que un jóven apellidado Robalo murió á consecuencia de haberlos sufrido porque gritó vivas á México. Los alojados se mostraban cada vez más exigentes, pedian cortinas, alfombras, espejos, ropa de cama y cuanto más se les ocurría. Tribunales de secuestro se habian establecido ya en México, Puebla, Orizava y Veracruz.

El general Forey y M. de Saligny recibieron la cruz de la órden de Guadalupe y el segundo un voto de gracias del Ayuntamiento de Puebla, que dispuso poner el busto de Napoleon donde estaba colocado el de Zaragoza.

Las proclamas de Forey eran vistas con disgusto por los conservadores, y de estos se acercaron á Saligny comisiones para manifestar el descontento. En vez de obtener satisfaccion creció la alarma á causa de un artículo que publicó «L'Estafette», órgano reconocido de la intervencion; comenzaba por burlarse de los Notables que acordaron ir á la villa de Guadalupe, á presentar á la Virgen las primicias de sus trabajos políticos; les decia que con proclamar la monarquía nada habian hecho, pues faltaba erario, justicia, simplificar los códigos y tranquilizar la conciencia pública, afirmando con una ley definitiva las propiedades discutidas. Se les acusaba de embriaguez con el nuevo vino de la monarquía y de que habian subordinado á Roma el Imperio y la Regencia, solicitando la bendicion del Papa, con quien habria que consultar asuntos que únicamente incumbian á economistas y hombres de Estado, y con tal motivo se recordaron las alusiones de Forey en su manifiesto sobre esos puntos y se reprendia á los Notables porque lanzaban alusiones odiosas contra el pasado; concluía «L'Estafette» proclamando la supremacía del poder civil, la tolerancia de cultos y legalizacion de las adquisiciones hechas de las propiedades eclesiásticas siendo muy considerable el efecto que ese artículo produjo.

El general Forey hizo otro llamamiento á los disidentes para que regresaran á sus hogares, decíales que en materia de deber y de honor nada tenian que enseñarles,

y que hablándoles con este lenguaje estaba en la verdad y ellos en el error, que la independencia mexicana no peligraba, pues que la bandera francesa era aquí como en todas partes, la salvaguardia de la libertad é independencia de los pueblos; que se unieran todos y dejaran las hostilidades y no tardarian en reconocer el desinterés de la Francia, que venia como amiga á favorecerlos con su generosa Intervencion, para que este desgraciado suelo fuera un gran país. Prometia echar un velo sobre las opiniones políticas, siendo sinceras, y para ello empeñaba su palabra de soldado y aun la de la Francia.

Aunque al ocupar la capital el ejército invasor publicó el general Forey el olvido, anunciando que corria un velo sobre todos los hechos pasados, creó para los venideros las cortes marciales, cuyo primer acto sanguinario fué el fusilamiento de Butron, el célebre bandolero que acababa de volverse contra la República que lo habia acogido y considerado siempre que solicitó la reconciliacion con el gobierno, lo cual habia acontecido varias ocasiones, en que la falta de recursos le obligaba á ello. Cuando Butron vió que los franceses se posesionaban de la capital, se unió á ellos y Forey le mandó recado al pueblo de Mixcoac llamándole para conocerlo y le encargaba que se le presentara; el guerrillero obedeció y se puso en camino acompañado de solo un ayudante, á quien dos ó tres veces indicó que tenia algo sin explicarse qué, pues nunca se imaginó una perfidia de parte de los que tenian medios suficientes para aprehenderle y conducirlo custodiado. Apenas bajó del caballo en el Hotel de la Bella Union, fué preso por la gendarmería francesa, y atado le condujeron á la prision de la Callejuela. Mientras que esto se verificaba, una fuerza de franceses llegó á Mixcoac, hizo que se tocara á reunion en la plaza del pueblo, advirtiendo á la tropa de la guerrilla que se le iba á dar socorro, y ya reunida fué desarmada, aprisionada y conducida á la misma cárcel en que estaba el jefe de ella. Entregados todos á la corte marcial, antes de tres dias fué fusilado Butron en la plazuela de Santo Domingo, y gran parte de los guerrilleros fué trasportada á la Martinica, sentenciados á trabajos forzados. En el juicio se le echaron en cara á Butron todos los hechos de su vida pasada, sin recordar la proclama de Forey, y se le hizo responsable de un robo perpetrado en San Angel por algunos de la gavilla, presumiéndose que el jefe estaba complicado porque toleraba y no perseguía á los ladrones.

Muchos particulares se quejaron con Forey, pidiéndole contuviera las depredaciones que ejecutaban en haciendas y pueblos las fuerzas mandadas por Butron, y aumentó los motivos para proceder en su contra, el haberse presentado vendiendo á los proveedores franceses algunas reses que habia sacado de las haciendas inmediatas. La fuerza que capitaneaba Butron se habia quedado en su mayor parte en San Angel, en cuyo pueblo cayó sobre ella el destacamento francés que desmontó, desarmó y condujo presos á los que la formaban.

En México sostenian la Intervencion «El Cronista», «La Sociedad», «La Independencia», «L'Estafette» y «El Látigo»; en Puebla el «Boletin Oficial», en Orizava el «Boletin de Noticias», en Veracruz «El Eco del Comercio» y en el Cármen «La Bandera Nacional.» El periódico francés, representante del ejército interven-



cionista francés, era liberal. También reapareció por esos días el «Pájaro Verde», ya conocido por su odio al partido reformista.

El 2 de Junio había vuelto á aparecer «L'Estafette», periódico redactado por Barrés, que había sido desterrado por el Sr. Juárez: ese periódico se declaró sin rodeos en favor de la monarquía y del llamamiento de un príncipe europeo al trono de México, que había de ser protegido por la bandera francesa hasta que el nuevo gobierno tuviera la solidez y consistencia necesarias y hasta que la inmigración europea constituyera aquí una garantía de la conservación del orden y la paz, ya restablecida en la capital, donde las músicas militares del 51, 85 y 99 tocaban los domingos y juéves en el centro del Paseo y los martes en la plaza de Armas, de las cinco y media de la tarde á las siete de la noche.

La política de Forey y Saligny inclinada á favorecer al clero, fué desaprobada por el gobierno de Napoleón, apoyando la de Bazaine que opinaba por las reformas de los liberales; pero el partido clerical, sin embargo, tenía necesidad de continuar adherido á la Intervención, con la esperanza de recobrar los bienes desamortizados. Habiendo llegado órdenes de Francia, la Regencia expidió decretos en que, lejos de ser derogadas las leyes de nacionalización de esos bienes, fueron indirectamente reconocidas, y estando tales decretos firmados solamente por los generales Almonte y Salas, pues rehusó hacerlo el Sr. Labastida, el partido clerical dejó de ser amigo de los franceses.

Este estado de cosas dió á los republicanos nuevas esperanzas de vencer, reforzaron el reclutamiento y obraban con tal actividad, que los franceses y sus aliados no contaban con más terreno que el que pisaban; el general Uraga imprimía al ejército republicano cierto carácter de disciplina en los momentos en que trece mil franceses ocupaban á Querétaro y por el Oriente se presentaba en Tehuacan el general Díaz. Los Estados de Durango, Michoacán, Sonora, Zacatecas y Jalisco, levantaban tropas. En cambio, los movimientos de los franceses fueron lentos, entraron á Morelia el 3 de Noviembre sin oposición alguna, el general Berthier ocupó á Acámbaro, Bazaine á Celaya, donde concentró doce mil hombres, quedando Douay en Salamanca y D. Tomas Mejía ocupó á San Miguel de Allende.

Las guerrillas hostilizaban continuamente á las poblaciones ocupadas por los franceses, siendo Medellín uno de los puntos á donde iban á tirotear casi todas las noches.

La división juarista mandada por los generales Berriozabal, Garza y Echeagaray, tomó cuarteles en los pueblos de Maravatío y Acámbaro, habiendo resuelto el presidente Juárez que Michoacán sería la base de las operaciones para las fuerzas que combatían por la República. Los Estados de ésta no se hallaban en condiciones propias para una defensa combinada. Jalisco estaba en anarquía, en Durango hubo un motín y fué destituido el gobernador Silva; Guanajuato estaba cubierto de guerrillas, por todos los Estados orientales aparecían partidarios de la intervención y aun en Chiapas triunfaban los reaccionarios.

Algunas guerrillas, entre ellas la de Laureano Valdes, se unieron á los fran-

ceses; una de los Amador se pronunció en igual sentido en Zongolica, y el general Uraga escribió al Sr. La Fuente una carta que los periódicos intervencionistas creyeron conveniente publicar; Tulancingo fué tomado por los intervencionistas. Al llegar los franceses á Toluca, fueron algunas comisiones de allí y pueblos cercanos á recibirlos hasta la hacienda de D. Rosa; en la noche hubo iluminaciones y se le dió al general Berthier un convite, fué nombrado el Ayuntamiento y quedaron instaladas la aduana y otras oficinas.

D. Tomas Mejía que se unió en México con los franceses conduciendo fuerzas de la Sierra, sentía no ver llevadas á efecto sus combinaciones contra los liberales y aguardaba á que mas tarde se cumpliera el programa reaccionario. Esto indicaba que la Intervención encontraba, aun en sus mismos partidarios, obstáculos, y que las ventajas que alcanzaba estaban lejos de realizar sus fines; había en la Nación resistencia, la invencible fuerza de inercia en que consistía el mayor obstáculo para el desarrollo de los proyectos intervencionistas; los invasores entraban fácilmente á las poblaciones; pero no se hacían dueños sino del terreno que pisaban. Al lado de esta especie de somnolencia, sin duda contraria á la expedición, estaban los muchos obstáculos que encontraba en la misma Francia: la insurrección de la Argelia, carga muy pesada; la ocupación de Roma; la expedición á Cochinchina, donde se creó intereses difíciles de atender, eran empresas que exigían concentración, así como solución pronta el asunto de México, que le ocasionaba pérdidas de hombres y dinero; además había que atender á las probabilidades de una guerra europea, ya por la insurrección de la Polonia, ya por la actitud que en Rusia tomaba el partido que provocaba é insultaba á la Francia. Aun habría sido tiempo de tratar con el gobierno del Sr. Juárez, según lo había querido un año antes Julio Favre; pero los proyectos napoleónicos abrazaban otro orden de ideas y de ambiciones enteramente opuestas al consejo de: «*tratad y retiraos.*»

Los franceses residentes en Veracruz, tal vez los que habían sido menos adictos á la Intervención, ofrecieron por conducto del marqués de Gallifet á la Emperatriz Eugenia, un cachirulo, peineta de carey con labrados de oro y piedras preciosas, producto de la industria local de aquel puerto, para darle á conocer un detalle del tocado de las veracruzanas: firmaban á nombre de los franceses residentes en aquel puerto los Sres. Neron, Lelong y Labadie.

El ferrocarril de Veracruz avanzaba hasta la Soledad, siendo notable el puente de este nombre levantado sobre el río de Jamapa, pues el ingeniero Lyons se manejaba con actividad y perseverancia.

Estar en México era fácil al ejército francés reforzado y poseedor de tantos elementos; pero para el gobierno del presidente Juárez la capital era ya secundaria, teniendo á su disposición un vasto territorio; por el carácter del jefe del gobierno republicano, no parecía creíble que cediera al primer golpe y sin duda que después, como antes de la victoria de los franceses, la cuestión habría de quedar bajo el mismo pie, sin una solución eficaz y dejando reservado al porvenir dar la respuesta á esta pregunta: ¿qué harían los franceses llegados á México?



Cuando la expedición fué todavía la empresa de tres potencias aliadas, la candidatura de Maximiliano se presentaba como un acto de desinterés obligatorio para cada una de las naciones que contribuían á los gastos, compartían los riesgos y la responsabilidad de la guerra, que ninguno de los beligerantes habia de convertir en provecho propio, y creían consolidar el trono que sus armas iban probablemente á levantar. Pero al quedar la Francia sola, tenia que soportar la enorme carga que le imponía su acción aislada, y los sucesos que brotaron de tan imprevista manera debieron cambiar su política.

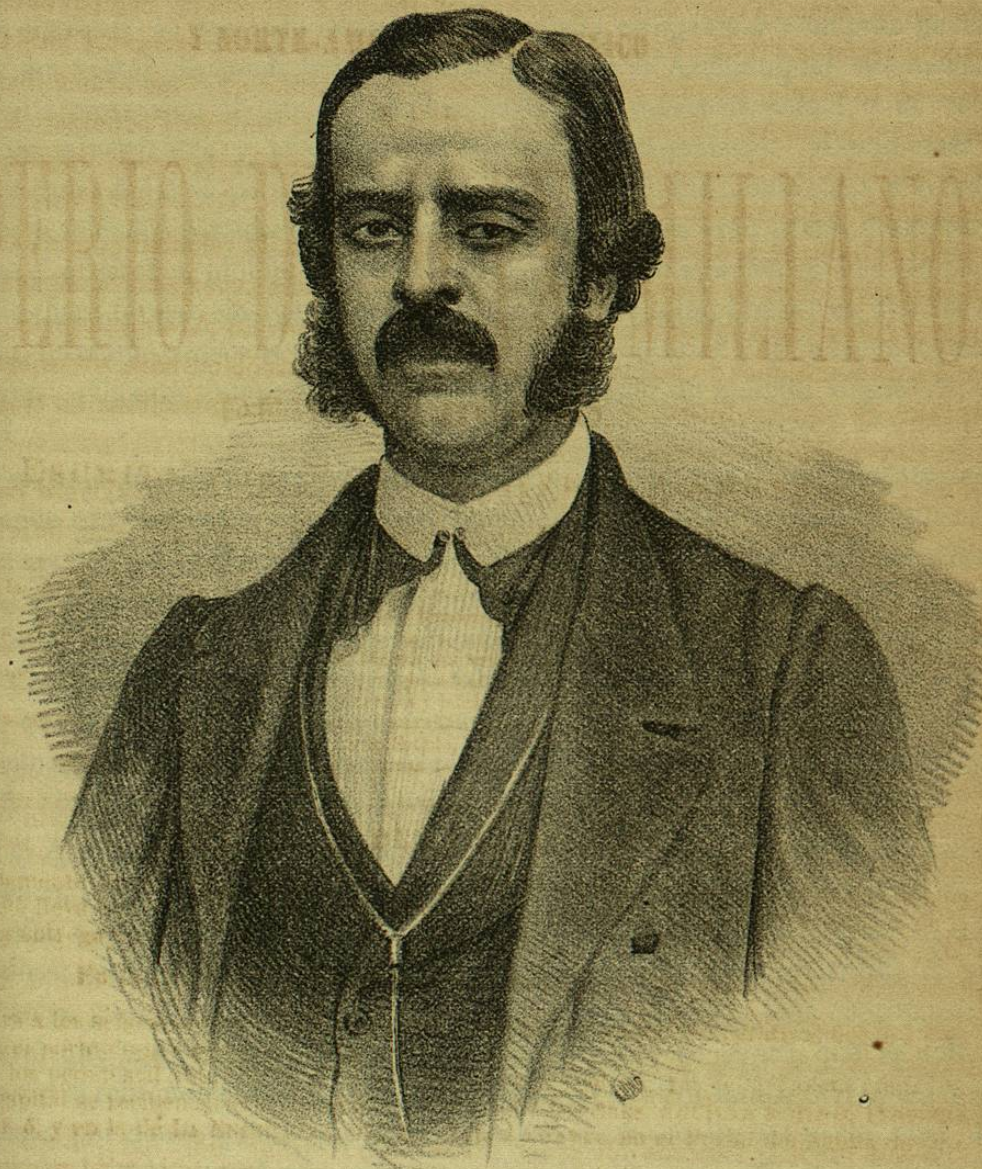
La candidatura del archiduque apareció tan fuera de relación con el estado en que habia quedado la Francia, que todos se preguntaban por qué la espada de esta Nación habia ido á labrar en América un imperio para un Archiduque de Austria. Parecía que un deber de honor impulsaba tan solo á Napoleon para sostener esa candidatura de Maximiliano, y [que iba á aceptar la tradición francesa de trabajar por la gloria y nada más que por la gloria.

Era lógico reconocer que habiendo dejado en libertad á los mexicanos para elegir quien los gobernara, y habiéndose fijado la Asamblea en el Archiduque, habria de sostener Napoleon á todo trance esa decisión; pero se debia tener en cuenta la precipitación empleada por los partidarios de Maximiliano, atropellando con todo desde que la corona le fué ofrecida. Derivábanse serias consideraciones de si la Francia garantizaría ó no el trono que ella fundaba.

O era la elección del Archiduque la expresión seria de los votos del pueblo mexicano y entonces la Francia no tenia mas que entregarle el puesto, dando por terminada su tarea, ó se habia dispuesto de la voluntad del pueblo mexicano y entonces las armas francesas iban á imponer una dinastía que no sacaba su savia del suelo nacional. Si el Archiduque Maximiliano hubiera podido subir por sí mismo al trono de México, habria llegado á ser realmente legítimo emperador; pero si tenia necesidad de la Francia, si necesitaba los brazos de ésta para subir los escalones del trono, no era en realidad sino un cliente de aquella Nación, y si no podia bastarse á sí mismo seria impotente y quedaria comprometido al abandonar la Francia el territorio mexicano.

Nada fué más funesto que creer establecido el trono del Archiduque por una protección extranjera; y comprometerse á sostener al nuevo monarca hasta que se consolidara, sería el compromiso más temerario é imprudente para la Francia. La futura soberanía del Archiduque parecería muy precaria, atendiendo también á la desorganización en que estaba México, después de tantos años de anarquía, de cuarenta años de guerra civil que habían impedido constituir aquí un gobierno duradero.

Parece increíble que hubiese pasado desapercibido para Maximiliano, el hecho resaltante de que, á pesar de haber sido arrojado de la capital el Presidente Juárez, y de que se repetía que la nación estaba libre, todas las ciudades que se adherían al nuevo orden político, necesitaban soldados franceses para resguardarlas, y si estos se retiraban la parte pacífica de las mismas continuaba amenazada por los republica-



*Dr. D. Angel Iglesias.*

Secretario de la comisión que fué á Miramar á ofrecer el trono de México al Archiduque Maximiliano de Austria, á quien acompañó el Sr. Iglesias en calidad de secretario al venir á México y en el viaje que hizo Maximiliano á los departamentos del Interior. Poco después de regresar á la Capital del Imperio, renunció el Sr. Iglesias ese puesto, no estando ya conforme el partido conservador con la marcha política seguida por Maximiliano.